

MUTIS, EL HOMBRE; Y MAQROLL, EL MITO*

Ricardo Bada

Hay al menos tres Álvamos Mutis: el poeta, el novelista y el ser humano. Hablen otros del poeta y del novelista. A mí me gustaría más hablar del ser humano, del amigo entrañable con quien compartí tantas horas de deliciosa plática y de quien tanto, tanto aprendí. Aquel que siempre me llamaba Baden Powell, a no ser que la cosa se pusiera de un color serio, como él decía, pues entonces me llamaba Baden Baden. Aquel que se reía – pero no negaba– cuando yo afirmaba en público, ¡cuántas veces no lo habré hecho!, que su poema “El viaje” es ese cubito de caldo concentrado que diluído en el agua bendita de una prosa irrepetible dio lugar a *Cien años de soledad*.

De Álvaro, el hombre, el amigo, conservo en la memoria docenas de anécdotas increíbles, de las que quiero compartirles tres, empezando por la de cuándo y cómo nos conocimos. Pero no por eso le esconderé el cuerpo a mis fabulaciones acerca de la relación simbiótica entre Mutis y Maqroll. Sólo que, como dicen los gitanos, «principio quieren las cosas». Empecemos, pues, por el principio.

En el otoño de 1986 me desplazé a Hamburgo para informar a la Radio Deutsche Welle (la emisora internacional alemana en cuya redacción latinoamericana me desempeñaba) acerca de un congreso de escritores españoles, portugueses, brasileños e hispanoamericanos. Hasta me tocó conducir una lectura literaria seguida de diálogo con los autores, y en la que participaba, entre

* Este texto es una refundición hecha por el autor de dos artículos suyos aparecidos, uno con ocasión del 90º cumpleaños de Mutis, en *La Jornada*, de México DF, y el otro en *El Espectador*, de Bogotá, con motivo de su muerte.

otros, Sergio Pitól. Pues bien: a los dos o tres días llegaron los poetas ultramarinos de nuestra lengua, los últimos invitados al magno congreso (los peninsulares habían sido quienes rompieron el fuego, en la inauguración del mismo), y el Senado [=Gobierno regional] de Hamburgo puso a disposición del Olimpo iberoamericano su aristocrática barcaza, para que todos los participantes en el evento hiciéramos una excursión por el puerto hanseático. Recuerdo por cierto que Antonio Skármeta, el novelista chileno, viendo zarpar un ferry de los que conectan el Elba con el Támesis, y que lucía en su popa el nombre Hamlet, comentó: “Parte con rumbo incierto”.

Uno de los que se rieron con el *bonmot* fue un hombre cuya pinta me era familiar desde mucho tiempo atrás a través de una pródiga iconografía, pero mi respeto y mi timidez tan grandes me inhibían de acercarme a él y presentarme. Providencialmente, a los pocos minutos comenzó a llover y se produjo la más cobarde de las estampidas: ¡todo el mundo corrió a refugiarse bajo cubierta! Todos menos quien les cuenta, protegido por su gabardina y una boina vasca, y el hombre que les digo, impertérrito bajo su gorra de lobo de mar.

¡Ay, Mutis!, pensé, ahora sí que no te me escapabas. Me acerqué a él y le propiné la más que superflua pregunta: “¿No es usted Álvaro Mutis?” Cordialmente me contestó que sí. Le expliqué que era periodista español residente en Alemania y quisiera hacerle una entrevista.

Él a su vez me preguntó: “¿Y usted vive aquí, en Hamburgo?” “No, en Colonia, y usted es el segundo Álvaro colombiano que conozco, el otro es el doctor Castaño Castillo”. “¡Ay, carajo!”, exclamó, echando mano a su cartera, “el doctor es muy amigo mío, y cuando supo que venía a Alemania, y que voy a recitar en Colonia, me dijo que al llegar allí no dejase de llamar a...”, desdobló un papelito y leyó un nombre: “Ricardo Bada”. “Soy yo”, le dije.

Desde ese instante nos volvimos inseparables para todos los días de Hamburgo y para todos los que siguieron luego, a lo largo de muchos años, en Colonia, París, Fráncfort, Bad Ems, Madrid, Huelva... Y aparte del cariño que nos teníamos, Carmen

y él, mi esposa y yo, hay algo que nunca les voy a poder pagar: que salvaran de la desesperación a nuestra hija Montserrat cuando la pobre capituló con armas y bagajes ante ese monstruo llamado Ciudad de México.

Y antes de seguir con las otras dos anécdotas vividas al pie de ese cañón llamado Mutis, ya es hora de que deje de hablar de él [o no, ¿quién sabe?] y les platique algo acerca de Maqroll.

Maqroll, ya lo sabemos, es un perdedor. ¿Pero por qué es Maqroll un perdedor? Si alguien lo investiga de una manera endogámica, adentrándose en su saga, la cosa resulta muy clara: todo lo que emprende Maqroll está condenado al fracaso. Todo... excepto esa saga que Mutis le dedica. El triunfo de Maqroll no acontece en su propia vida, cuyas peripecias han sido predestinadas al fracaso por el autor de la saga. El triunfo de Maqroll sucede fuera de esa su propia vida de ficción, es más: creo poder afirmar que si no fuera un fracasado, jamás hubiese obtenido esa victoria clamorosa con la que ha ganado, desde el primer momento, el corazón de sus lectores.

En mi sentir, Maqroll es un avatar (“reencarnación”, según lo define la Real Academia en su diccionario) de Cervantes. Con la diferencia de que es Cervantes quien escribe *Don Quijote de la Mancha*, mientras Maqroll se sirve de un amanuense de Coello para relatarnos su fracaso. Pero ambos triunfan en su empeño. Lean, o releen, la mejor biografía de Cervantes con que contamos hasta la fecha, la de Jean Canavaggio (sintomáticamente se trata de un extranjero), y vayan anotando las coincidencias con el curriculum del Gaviero. Como diría un alemán: “¡Saludos de Plutarco!” Ya saben, aquél de las *Vidas paralelas*.

Maqroll tiene además mucho de Dalan, del holandés errante, aunque el Gaviero casi nunca navega en alta mar (excepto por aquello que nos cuenta Mutis, pocas veces o casi nunca el mismo Maqroll). Y también tiene mucho de Ashaverus, del judío errante, por supuesto que sí, sus trasiegos son más

que nada de tierra firme. Y también tiene mucho de Lord Jim, aunque alimenta poco el sentimiento de la culpa, más bien el de su impotencia para lograr lo que se propone, una impotencia que pocas veces o casi nunca le resulta imputable. Pero ¿y qué me dicen ustedes de Arturo Cova, el protagonista de *La vorágine* (1924)? “Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia”. De Arturo Cova sabemos, por la última frase de esa novela fundacional de la literatura colombiana contemporánea, que a él y a sus compañeros “¡los devoró la selva!” Maqroll, releído al alimón con *Don Quijote de la Mancha* y *La vorágine*, nos propone un enrevesado acertijo cuya ¿única? solución ¿quizás? tan sólo la conozca ¿Álvaro Mutis?

Pero con Álvaro Mutis se nos plantea el insoluble problema que también arroja la dicotomía entre la personalidad y la obra de García Lorca. ¿Cómo es posible que García Lorca, ese ser divertido, bromista, cachondo, lleno de un buen humor del que todos quienes lo conocieron se hacen lenguas, sea el autor de una obra más bien horripilante, en la que el humor no es que brille, es que deslumbra por su ausencia? Y ahora viene la retórica repetición de la pregunta: ¿cómo puede ser posible que Álvaro Mutis, ese cronopio inefable, irrepitable, pletórico de vida y de una juventud que es en él más que nunca un divino tesoro, sea el creador de ese murrioso y atormentado Maqroll, a quien sólo cabe desearle que la próxima empresa le salga todavía peor, para ver cómo su mecenas de Coello lo saca del apuro? ¿No será que Mutis tiene un acuerdo secreto con una compañía de seguros, para que el pararrayos Maqroll lo preserve de toda catástrofe? Si es así, y así lo creo, cerremos este trecho con un convencidísimo “Amén”.

Y aquí y ahora, para rematar la faena, las prometidas dos anécdotas que lo reflejan de cuerpo entero, genio y figura, Mutis *at his best*.

En la Residencia de Estudiantes, en Madrid, la famosa, la de García Lorca, Dalí, Buñuel *e tutti quanti*, es un lujo “espiritual” alojarse (funciona casi como hotel, aunque tan sólo para artistas, intelectuales, científicos, de paso por los *madriles*; y además no aceptan a todo el mundo). Pero ocurre también que la pensión es completa, o sea, desayuno, almuerzo y cena... y la cocina no está [al menos entonces, cuando se sitúa mi anécdota] a la altura de la fama de la casa.

Claro que cuando te alojas en ella, y a menos que te inviten, es un contradiós lo de ir a comer fuera, porque estás pagando pensión completa; pero al mismo tiempo es un contradiós tener que conformarse con la comida medianeja de su cocina cuando en Madrid, en casi cualquier tasca, se puede comer de chuparse los dedos, y en todo caso mejor que en la Residencia.

El caso es que una vez, allá por 1990, llegamos mi esposa y yo a Madrid, con nuestro hijo, y nos enteramos de que Gonzalo Rojas y Álvaro Mutis estaban ahí, los dos además en la Residencia. Los llamé, y Gonzalo nos invitó a almorzar... en ella, muy contento además de que fuésemos con nuestro hijo, pues él e Hilda estaban con Catalina, su nieta, que es alemana y de la edad de nuestro Ricardo junior. Sabiendo de antemano que no íbamos a comer nada extraordinario, ¡¡¡y éso en Madrid!!! acudimos sobre todo por el placer de compartir unas horas con Carmen (la maravillosa mujer de Álvaro), Hilda (también extraordinaria) y los dos viejos divinos. Y en efecto, Catalina y nuestro junior congeniaron enseguida y platicaron todo el tiempo en alemán, y nosotros sufrimos con estoica resignación el almuerzo del día, que esa vez no fue mediano, sino menos que mediano.

Una vez terminado el segundo plato, casi sin consultarnos, nos pusimos de pie como para irnos a la cafetería a bajar el mal condumio con un buen whisky, pero Gonzalo acertó a percibir algo que yo, ahora que soy abuelo, también percibiría (entonces no), y es que Catalina parecía esperar algo más. Y le preguntó solícito: “Catalina, preciosura, ¿quieres algo más?”, a lo que Catalina respondió: “Sí, abuelo, quiero helado”. Y la respuesta

vino de Álvaro, con su voz inconfundible de narrador de *Los intocables*, que se oyó no sólo en todo el comedor, yo creo que hasta varias cuadras más allá, en el Paseo de la Castellana: “¿Helado? ¡El último que pidió helado aquí fue García Lorca y lo fusilaron! ¡Vámonos!” Y salimos del comedor en medio de un silencio que ensordecía.

Algunos años más tarde llegué solo a París, de paso no sé adónde, me enteré de que los Mutis estaban ahí, y los llamé al Hotel Saintes Péres, donde siempre los alojaba la editorial francesa de Álvaro. Los agarré desayunando y me conminaron a acudir inmediatamente para acompañarlos a comprar ropa jean. La ropa jean era una de las preferidas de Álvaro, y había descubierto que en la rue de Rennes había, en los andenes, numerosos tenderetes donde se vendía aquella ropa. Así es que ni cortos ni perezosos tomamos el Métro hasta Montparnasse, y una vez en la calle encaminamos nuestros pasos a la de Rennes, que desciende derechita hasta el boulevard Saint Germain y el Sena.

Fue una gozada asistir al espectáculo de Álvaro regateando con todos los vendedores –en su mayoría tunecinos, marroquíes, argelinos– y haciendo un uso descarado de su dominio del francés y de la sicología levantina. Carmen y yo nos quedábamos siempre aparte, un poco alejados del espectáculo, para gozarlo mejor, y yo me preguntaba cuántos rasgos de Maqroll habrá sacado su creador de esos enfrentamientos dialécticos con el mundo mediterráneo.

Alrededor del mediodía llegamos por fin, y sin haber comprado nada, a la esquina de la rue de Rennes con Saint Germain, y Álvaro dijo: “Tengo hambre. ¿Dónde vamos a almorzar, Baden Powell?” Y como cuando Álvaro tenía hambre siempre era un caso de emergencia inmediata y urgente, miré a mi alrededor y elegí lo más cercano: “Vamos a Lipp”. Álvaro miró a Carmen y le preguntó: “¿Vamos a Lipp, Carmen?”, y

Carmen dijo que sí, entramos en Lipp, a dos pasos de distancia de donde estábamos, y tuvimos suerte porque los franceses empiezan a sentir hambre más tarde que Álvaro, de manera que conseguimos una buena mesa en el piso bajo.

[Aquí vendría bien uno de aquellos intermedios líricos con que don Pío Baroja mechaba sus novelas: “¡La Lipp, la vieja Lipp, tan alsaciana y tan francesa, a la que los envidiosos llaman ‘sucursal de la Cámara de Diputados’! ¡La Lipp, la vieja Lipp, cuyas paredes guardan el sonido de las voces de Gide, St.-Exupéry, Malraux, Camus, Sartre! ¡La Lipp, la vieja Lipp, la reina de la braserías parisinas, en el fondo de cuyos espejos se sigue retocando el pelo Juliette Greco!”]

Lo cierto es que almorzamos *comm’il faut*, y estábamos ya en la fase del *trou normand* (los franceses llaman “el agujero normando” a la copa de Calvados al concluir una buena comida), cuando Álvaro, sentado a mi lado y frente a su esposa, comenzó a desarrollar algo así como un discurso que, conforme avanzaba, me iba asombrando más y más, y no sólo a mí, también a su destinataria: “Carmen, yo soy un poeta que empezó joven y desde los primeros poemas recibí el elogio de Octavio Paz, conseguí bastante fama como lírico, y luego, al jubilarme, me dediqué a escribir novelas, y también conseguí bastante fama como narrador, y no sólo eso, me nombraron Comendador de la Orden del Águila Azteca, en México, y me concedieron la Orden al Mérito, de Francia, me otorgaron el Premio Nacional de Poesía de Colombia y el doctorado *honoris causa* por la Universidad del Valle, y he ganado los premios Xavier Villaurrutia y el Médicis Étranger, y el Nonino, y el Roger Caillois, y el Grinzane–Cavour, y ostento la Gran Cruz de la Orden de Boyacá y la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio”.

Aquí hizo una pausa, tomó un sorbo de Calvados, y continuó: “Y este señor que está sentado a mi lado es un pinche periodista español que se gana la vida en una oscura emisora alemana que dizque transmite en español. Pero este señor, cuando le pregunto que dónde vamos a almorzar, de la

manera más natural del mundo me responde ‘Vamos a Lipp’... ¡un lugar donde nunca me atreví a entrar por respeto a su historia y a la sagrada memoria de quienes han comido aquí!’. Ahora hizo otra pausa, más breve, sólo para que se entendiera a cabalidad la conclusión de su razonamiento, formulada en *staccato*: “Eso, Carmen, es Europa”.